

Aquellos momentos de angustia, de incertidumbre y de miseria, se prestaban para dar aliento al que quisiera medrar y quedar bien con el jefe á quien entregara la plaza, próxima á ser abandonada por Maximiliano. Presentábase á primera vista el jardín de la Cruz, lugar poco distante de los puntos avanzados de los republicanos, el más apropiado para dejar una entrada á los sitiadores; queriendo defenderlo se habían levantado trincheras cubiertas con artillería. López dispuso que se retirase de una de ellas la fuerza de guardia municipal de México que la guarnecía, y la reemplazó con tropa de irregulares al mando de Yablousky, amigo suyo de todas sus confianzas, y ordenó al subteniente Domet, de la guardia municipal, que se alejara con derrotero al Panteón, pues aseguró que eran suficientes los exploradores de Yablousky para defender la posición, y cuando Domet pidió á López que le permitiese colocar en la trinchera un cañón que provisionalmente había sido puesto á su cuidado, aunque no contaba con artilleros que lo sirvieran, López le contestó que tal precaución era inútil. (1)

Hemos dicho que se había notado en la ciudad de Querétaro la noche del 14 de Mayo, inusitado movimiento, á causa de la salida que iba á efectuarse y que se aplazó; habían quedado atalajadas las mulas en algunas piezas de artillería que estaban en la plaza de la Cruz, y listo ya el Regimiento de la Emperatriz vestido con uniforme de gala. Había comunicado el comandante de batería D. Antonio Salgado al subteniente Hans, que se preparaba una salida, recomendándole que cuidara del punto de la Cruz, porque seguramente iba á ser atacado antes de que amaneciera, y le dejó el mando de las dos piezas de artillería que estaban en la huerta del convento, siendo de notar que no llegó á ese puesto la noticia definitiva de lo resuelto acerca de aplazar la salida de la guarnición.

Todo parecía tranquilo en Querétaro á las dos de la madrugada, á cuya hora eran completos el silencio y la oscuridad. El subteniente Hans que dormía al pie de los cañones, acababa de ser despertado por el sargento Guzmán, conforme á

por Maximiliano y combinaba con los jefes sitiadores los medios de entregar la plaza, cuya caída no era dudosa, y en este caso, si la tomaban por la fuerza, López tendría que pagar con la vida los servicios que había prestado á la Intervención francesa y al Imperio, expiando las ejecuciones consumadas en los republicanos que habían caído en su poder.

Además, López debía alimentar profundo rencor contra muchos jefes imperialistas que, al saber que iba á ser nombrado general de brigada, enviaron en comisión, cerca del Emperador, al general Méndez para que le informara de que López era indigno de su real protección, y que tal nombramiento produciría efecto desastroso entre los que deseaban mantener en alto el prestigio del ejército.

[1] López era alto y corpulento, de un aspecto más bien norte-americano; tenía la cabeza cubierta con pelo rubio, algo oscuro en el centro, la frente irregular, en parte estrecha y en parte despejada, cubriendo la imperfección un mechón de cabellos, la mirada era torva, el bigote también rubio; á veces usaba perilla á la francesa. Vestía chaqueta encarnada de husar con adornos negros, y portaba varias condecoraciones, entre ellas la de la Legión de Honor; siempre montaba buenos caballos americanos y su apariencia militar hacía favorable impresión.



*Jacinto Meléndez.*

Escribano en la causa que el Consejo de Guerra formó en Querétaro al Príncipe Maximiliano. Meléndez era soldado de la 3ª compañía del Batallón "Guardia de los Supremos Poderes." Protestó cumplir con las obligaciones que le imponía su nombramiento, el 24 de Mayo de 1867. Siendo extraordinario el trabajo de las actuaciones, se le adjuntó diez días después otro escribano, Ricardo Cortés, sargento segundo del cuerpo "Cazadores de Galeana," hasta el 16 de Junio en que sustituyó á Cortés el sargento segundo de ambulancia Félix Dávila.



lo convenido acerca del turno en el servicio; Hans dió algunos paseos por el parapeto para desperezarse y observar si los centinelas estaban despiertos. Esperando que apareciese la luz del nuevo día, se recostó sobre la cureña de uno de los cañones, con la creencia de que de un momento á otro romperían el fuego sus adversarios. Oye de pronto pasos rápidos que se dirigen á la trinchera y se le presenta el coronel López, fácil de reconocer de cerca, no obstante la oscuridad, por su uniforme bordado de plata.

Dirigiéndose López á Hans le dijo con precipitación y señalando á una fuerza que le seguía:

—Este es un refuerzo de infantería; recordad pronto á vuestros artilleros; haced que retiren esa pieza de la tronera y oblicuadla sobre la izquierda; pero que todo sea pronto.

Hans, que creía llegado el momento de la salida, recordó á los artilleros, entretanto que López, que parecía estar muy de prisa, injuriaba al sargento Guzmán porque no se levantaba tan pronto como lo deséaba este jefe recién llegado. Removió la pieza el subteniente Hans hácia el lado izquierdo, obedeciendo las órdenes de López que se alejó dejando el cañón al cuidado de un pelotón de infantería; poco después reconoció Hans que estos soldados eran de los republicanos, y vió cómo paulatinamente fueron tomando los mosquetes de los artilleros, y aunque el oficial que mandaba á los que acababan de llegar dijo que pertenecía á la brigada Méndez, el subteniente Hans, que había militado en ella durante mucho tiempo, conoció el engaño que ya sospechaba por las idas y venidas que se sucedieron en corto tiempo, así como por la prisa de López y lo raro que encontró todo lo que le rodeaba; preguntó al mismo oficial si sabía donde se hallaría López y habiéndole designado el Panteón, se dirigió Hans á ese sitio; pero al descender la plataforma, un centinela le dió con energía el ¡alto ahí! Quiso Hans que el oficial revocara aquella orden del centinela, pues que se trataba de un colega suyo, y obtuvo por contestación solamente evasivas y falsedades. Entonces le asaltó la creencia en una traición, aunque al reflexionar en la presencia del coronel López, que por gratitud y conveniencia debía ser el más fiel servidor de Maximiliano, apartó las sospechas y procuró tranquilizarse. Esperando que el oficial que tenía delante le diese una explicación, oyó Hans estas palabras:

—No temais; estais entre soldados del ejército regular y no entre guerrilleros; pertenecemos al batallón de Supremos Poderes de la República.

Atónito quedó Hans; creía soñar; estaba en poder del enemigo y sin posibilidad de dar aviso al cuartel general de la Cruz; se encontraba aislado y sin esperanza de salvación. Dudando aun de sí mismo, preguntó al sargento Guzmán si en efecto había sido el coronel López la persona que poco antes les dió órdenes; ambos convinieron en que éste traicionaba, y dirigiéndose Hans al oficial republicano le preguntó si el coronel López los había introducido á ese sitio, y tuvo la siguiente contestación: